

al que, además, es considerado *a priori*, permitiendo la posibilidad del normativismo, pero con el problema de la fundamentación de ese principio, al tiempo que introduce la tesis, nada fácil de probar y fundamentar, de la historia —con todos sus retrocesos parciales— como progreso (acercamiento de la comunidad real a la ideal), y la idea de una comunidad ilimitada, cuya realización es la meta de la historia.

Por último, en el capítulo final («Crítica de la Pragmática Transcendental») se destaca en primer lugar la elevadísima pretensión de la filosofía de Apel, lo cual no deja de ser legítimo en principio, señalando acto seguido sus carencias, ya no compatibles con esa pretensión: la filosofía de la naturaleza no representa casi ningún papel, faltan reflexiones sobre estética, filosofía de las matemáticas y de la religión —cuya necesidad, no obstante, habría que justificar—, y dentro de la filosofía práctica hay lagunas. Asimismo, la tesis de los tres paradigmas le parece a Hösle parcial, aunque correcta; y critica la convicción de Apel de que fundamentación última e intersubjetividad van de la mano, pues históricamente es falso.

El resto del libro pretende una confrontación detallada de la Pragmática Transcendental de Apel con una exposición original del autor, que califica como «idealismo objetivo de la intersubjetividad». Para él, la teoría de la intersubjetividad, junto a la de la fundamentación última, necesita una referencia ontológica más concreta, y considera que ésta la proporciona una cierta vuelta a la tradición alemana del «idealismo objetivo», especialmente a Hegel.

Ricardo ACEBES JIMÉNEZ

MARINA, J. A.: *Teoría de la inteligencia creadora*. Anagrama, Barcelona, 1993. 384 pp.

I

Con plena conciencia de la importancia del tema que se ventila en estas casi cuatrocientas páginas —pues es de pensadores avisados no olvidar jamás que «lo que pensamos sobre nosotros mismos es una parte real de lo que somos»—, se pasa a formular, a poco de comenzar la lectura, la *teoría* que Marina irá explicitando en contra de la concepción dominante según la cual no habría que ver en la inteligencia otra cosa que la capacidad de recibir información, elaborarla y producir respuestas eficaces. En efecto, reconocer esos dos rasgos básicos de la inteligencia *humana* que serían crear la información e inventar los fines, supone ir mucho más allá de teorías como la de Newell, hoy sin duda dominantes, que rebajarían la actividad inteligente a su faceta meramente instrumental.

Coincidiendo en esto con las recientes reflexiones de Scarle al respecto, lo que aquí se echa en cara a la psicología computacional no es sino su profunda incapacidad, preñada de consecuencias, de dar cuenta de la subjetividad humana. No es casualidad que este rasgo capital de nuestros procesos mentales se haya venido mostrando reacio a integrarse en la imagen del mundo propia de las ciencias naturales, a despecho de los múltiples intentos realizados. Por eso subraya Marina la necesidad de «conocer el modo humano de ser sujeto», aludiendo como de pasa-

da, por ejemplo, a la obra de Alain Touraine sobre la Modernidad no hace mucho traducida a nuestro idioma.

Y una tematización de la inteligencia que se proponga dar cabida a la subjetividad habrá de reparar necesariamente en el hecho, para partir de él, de que el hombre puede controlar sus actividades mentales, es decir, que es capaz de inventar posibilidades. Desde él asistimos por fin a la formulación preliminar de la tesis que toda la obra va a pormenorizar y a «probar»: «la inteligencia humana es la inteligencia animal transfigurada por la libertad» (p. 24), una «inteligencia computacional que se autodetermina». La no pequeña audacia de implantar el tema de la libertad concebida como autodeterminación en el terreno de la psicología cognitiva exigirá a los capítulos posteriores el enorme esfuerzo de demostrarnos que los diversos fenómenos psicológicos se van haciendo inteligibles a partir de esta arriesgada teoría, en mayor medida que si no estuviera presente. Porque se trata de un filósofo que no le tiene ningún miedo a la confrontación con la ciencia, antes bien se nutre de ella. Y no le falta a Marina el respaldo de psicólogos como Johnson-Laird o de pensadores de la Psicología como el propio Dennett, que han escapado al implacable argumento cognitivista que niega la libertad humana.

Así, para empezar, que para la psicología contemporánea *percibir* consista en dar significado no querría decir sino que las percepciones son inteligentes porque el sujeto dirige la extracción de información (p. 53). El *lenguaje*, por otra parte, no sólo permitiría al sujeto construir el mundo sino también tomar posesión de sí mismo: del estudio de los expertos en el lenguaje infantil, muy especialmente Vigotsky, hay que extraer la conclusión de que «gracias al lenguaje, el sujeto toma posesión consciente de su autonomía. Ya era inteligente, es decir, capaz de suscitar, controlar y dirigir sus actividades mentales, por eso puede aprender a hablar, pero la palabra le permite adquirir los saberes sobre la subjetividad acumulados por la humanidad durante siglos» (p. 77). Y la inteligencia también habría transfigurado *el movimiento*, como es evidente en el caso de la acción voluntaria, pero también en el del entrenamiento deportivo sobre cuyo análisis se demora muy literariamente el autor: como el hombre, a diferencia del ordenador, se cansa, la inteligencia habrá de gestionar la energía.

Bajo la rúbrica de la *atención* se levanta acta de la revolución copernicana de la subjetividad: «el sujeto dejará de moverse alrededor del objeto». El hombre se hace, por virtud de la atención libre, relativamente independiente del estímulo que por el contrario determinaría skinnerianamente todo el comportamiento animal. Pero particularmente atractiva nos resulta la exaltación mariniana de la *memoria inteligente*, rico sistema dinámico que nada tiene que ver con la trasnochada imagen del almacén. En efecto, si acertamos a concebir la memoria como lo hace el autor, en cuanto «conjunto de posibilidades de acción», entonces vamos a parar a una de las críticas más radicales de la metáfora computacional, porque sólo en virtud de esta memoria inteligente se convertirían en información los muchos datos de la pantalla del ordenador. La *creatividad* se explora en el sugerente capítulo dedicado al «sexto sentido», donde a continuación se ensaya la aproximación de los *sentimientos* a la inteligencia por medio del concepto que hace de aquéllos «grandes bloques de información integrada, que incluyen valoraciones». No cabe duda de que el autor está a la altura de las actuales teorías de las emociones, sabiendo encontrar la excelente oportunidad de incluirlas en su propia teoría de la inteligencia.

El fruto de esta amena revista a las diversas actividades inteligentes no sería sólo el de la comprobación de la afirmación inicial que servía de punto de partida. Porque con ella la teoría de Marina se ha enriquecido, ha ganado en densidad. El propio autor se encarga de exponer entonces las tres tesis que en su libro se articulan: «La inteligencia humana es una inteligencia animal transfigurada por la libertad. La inteligencia creadora obra haciendo proyectos. El más arriesgado proyecto de la inteligencia es crear un modelo de inteligencia, es decir, de sujeto humano, es decir, de humanidad» (p. 209).

Por último, el remate de esta teoría de la inteligencia creadora, tras haber indagado las actividades de proyectar, de buscar y de evaluar jugando con los testimonios de Julien Green, Valéry, Monet, Mann, Rilke, García Márquez y Vargas Llosa, entre otros, no podía ser otro que el de una noción de sujeto humano. La aportación de Marina estriba en efectuar la distinción entre un *yo ocurrente*, que habitaría el nivel propio del funcionalismo computacional, el que produce las ocurrencias sin mi autorización, y un *yo ejecutivo* o creador que suscita y dirige la producción de esas ocurrencias. Por cierto que, al hilo de una distinción semejante que se estaba haciendo esperar, asoma el feo perfil del problema de la mente y el cuerpo. Quizás haga bien el autor, teniendo en cuenta la marcha ensayística de su obra, en quitárselo de encima alegando una ignorancia que, en definitiva, es nuestra misma ignorancia. De todos modos, si el salto de la fisicoquímica a la conciencia nos resulta incomprensible, tampoco podemos pasar por alto que la filosofía de la mente representa una porción sustancial del pensamiento contemporáneo, con la que nuestro autor no entraría siquiera en contacto.

Después de señalar el preciso momento en que la inteligencia se convierte en *razón*, «cuando se esfuerza por conseguir verdades universales», se concluye llevando la atención del lector hasta lo que sería el proyecto supremo de la inteligencia: «crear la dignidad humana como valor». De ahí que, para su autor, el presente libro demande una continuación ética...

II

De la agilidad y brillantez ensayísticas de José Antonio Marina, desde luego, ya teníamos sobrada noticia. Y sin duda las confirman lo que se podría llamar primera parte de este segundo libro. Pero esta vez hay que añadir que no nos ha causado pequeña sorpresa la «Bibliografía Dialogada» que se extiende por espacio de unas ciento cuarenta páginas. Si el ensayo, como género, se halla distanciado del sesudo trabajo académico, este libro nos ofrece la oportunidad única de calibrar y sopesar las enormes dimensiones del material erudito que se ha invertido en la composición de un ensayo agradable y aparentemente ligero. Este vendría a ser como la punta reluciente del iceberg. Evidentemente, sólo el escritor está en el secreto de una conversión tan asombrosa...

Nos encontramos aquí con el experto en psicología y ciencia cognitiva, así como también en la filosofía funcionalista a que ésta ha dado lugar, citando los nombres de McCarthy, Newell y Simon, von Neumann, Neisser, Papert, Winograd y Minsky, o los de Dennett, Searle y Churchland... Un experto que además no reniega en absoluto de sus orígenes fenomenológicos: parece ser que lo que le dis-

tanció de Husserl fue la renuncia del maestro a utilizar conocimientos científicos para confirmar sus intuiciones.

El recurso de presentar la bibliografía en forma dialogada, independientemente de las razones que, no sin sentido del humor, aduce el autor, supone sin duda un hallazgo. Sirve ante todo esta segunda parte para precisar y aclarar los conceptos básicos del ensayo a un lector culto pero no especialista. Y es evidente que en esta tarea se revela especialmente eficaz, como por ejemplo a la hora de perfilar el concepto de significado, y de donación de significado, básicamente desde la psicología de la percepción (p. 264). Porque, en general, las objeciones y las demandas del lector dan en el clavo, como cuando le pregunta al autor si un psicólogo puede hablar de un concepto tan metafísico como es el de libertad (p. 297).

Al final todo va a parar, y no podía ser de otra forma, a la necesidad de conciliar la imagen científica con la imagen manifiesta del hombre en el mundo, para utilizar la terminología que consagrara Sellars. Y nos parece, al cabo, que el inteligente ensayo de Marina depende en buena medida del espíritu husserliano hecho patente en *La crisis de las ciencias europeas*: «La inteligencia humana no es el eficaz dinamismo de una computadora, sino la costosa búsqueda de la libertad por parte de un sujeto que sabe manejar información, pero que ha de hacerlo bregando contra la dificultad, el cansancio y las distracciones» (p. 304).

Este libro, en resumidas cuentas, daría testimonio de la necesidad de la reflexión filosófica en un terreno tan resbaladizo como el de la Psicología, donde las teorías parecen florecer hoy selváticamente.

III

Un interrogante sigue resonando en nuestros oídos: ¿cómo puede un psicólogo tratar de un tema tan metafísico como el de la libertad? Por una parte es evidente que puede, porque puede convertirse el psicólogo en filósofo, precisamente desde la Psicología, como también tiene que aterrizar el filósofo de vez en cuando sobre ella para dar cuerpo a sus reflexiones. Pero no es eso lo que nos incomoda, es otra cosa. Cuando el lector le hizo la pregunta, Marina respondió que este libro maneja una noción muy humilde de libertad, aduciendo que la misma noción psicológica de inhibición, tal y como la tratan los neurólogos o tal y como habló de ella William James en sus *Principios de Psicología*, podría encarnar ya el sentido de la autodeterminación.

El sueño de todos los teóricos de la Psicología ha sido en esta cuestión el compatibilismo. Y es que por mucho que profundice la explicación psicológica, el libre albedrío sigue constituyendo una exigencia insoslayable tanto desde el punto de vista social y legal como desde el mismo punto de vista psicológico. Pero para muchos se trata de una doctrina filosóficamente insostenible: muy valientemente se atrevió Sellars a reconocer su fracaso a la hora de casar la concepción científica de la realidad con la del sentido común en este terreno decisivo de la libertad. Estamos en definitiva ante un enigma de tan grueso calibre como el problema de la mente y el cuerpo.

Y ocurre que Marina reconoce no haber entendido las explicaciones que los pensadores forjan para hacer tratable este último asunto, ¡cuando él mismo parece haber solucionado de un plumazo el problema del determinismo psicológico! La

cuestión queda decidida ya, desde el punto de vista filosófico, en el primer capítulo de la obra. Puede ser que la noción computacional de inteligencia no consiga atrapar lo verdaderamente característico de la inteligencia humana. Hasta *convenimos en que ésta rebasaría con mucho lo meramente instrumental. Pero afirmar*, como si de un hecho se tratara, que «la inteligencia humana es la inteligencia animal transfigurada por la libertad», abre en todo lector la expectativa de una *explicación filosófica*, es decir, de la exposición de la condición que haría posible la emergencia de lo humano desde lo puramente animal, el advenimiento de la autodeterminación sobre el gris territorio de los mecanismos computacionales. Porque *no se trata sólo de demostrarnos científicamente tal emergencia, sino sobre todo de ponernos en condiciones de pensarla, de hacerla pensable*. Los hechos ahí están, y la colección que el autor aporta es impresionante, desde luego, pero lo que se echa en falta no es sino el dispositivo específicamente filosófico que los haga pensables. Hay algo que llamamos yo *ocurrente* y algo a lo que llamamos yo *ejecutivo*. ¡Puede ser! ¿Por qué no? Pero en ninguna parte se nos revela cómo podríamos imaginarnos el surgimiento del segundo a partir del primero.

«La inteligencia humana es una *inteligencia computacional que se autodetermina*». ¡Muy bien! Pero claro que es muy difícil no pensar en que esto es *imposible*, impensable. Desde luego que hay un método para hacernos ver la posibilidad de una cosa: señalarla y mostrarla como efectivamente real. Pero hacernos ver no es hacernos pensar. Caía en la misma trampa Scarle cuando daba por solucionado el problema de la mente y el cerebro con su naturalismo biológico. Sin duda, hay muchos hechos psicológicos que se iluminan desde esta afirmación de Marina, pero el contenido de la misma sigue siendo un completo enigma tras la lectura de su voluminoso libro. Y lo que le reprochamos ahora no es evidentemente no haber resuelto el enigma —¿quién sería capaz?— sino el comportarse como si no lo hubiera en absoluto.

Pagamos un precio elevado por no reparar en lo enigmático. Porque si la ciencia se propone aclarar las cosas, como el autor mismo nos recuerda, no puede ser un buen principio el ignorar la zona de la oscuridad. Por ejemplo, no cabe duda de que tenemos que partir del lenguaje para intentar comprender la emergencia de la subjetividad. Pero las habilidades lingüísticas de que son capaces los chimpancés nos llevan a reconocer, con Marina, que lo que sucede es que les falta el poder de autodeterminación en que la inteligencia consiste. Es decir, todo se vuelve frágil y resbaladizo. Estamos como estábamos al principio: íbamos hacia la libertad por la vía del lenguaje, pero al final volvemos del lenguaje a la libertad. Seguimos siendo *incapaces de hacer pensable el que nuestras facultades pasen de estar controladas por los estímulos a ser dirigidas por el sujeto*. Otra cosa es que psicólogos y pedagogos nos muestren cómo tiene lugar este proceso como proceso de aprendizaje. Y llegamos a la cumbre de la perplejidad cuando leemos que «el más arriesgado proyecto de la inteligencia es crear un modelo de inteligencia» ...Resulta que, desde el principio, era la inteligencia la que se iba construyendo a sí misma: ¿y no es éste el «horrible» concepto de la *causa sui*? La meta final, como de costumbre, es de naturaleza ética: habría un modelo de humanidad «irremediamente» atractivo para toda inteligencia computacional capaz de autodeterminarse. No puede sorprender a nadie que esta historia vaya acumulando misterio tras misterio, dado que partió de un enigma básico que nunca acertó a reconocer como tal.